

# Medio siglo de La Región Vaccea

En este año de 2009 se cumplen cincuenta años de la publicación de *La Región Vaccea*, en cuyo colofón reza que se acabó de imprimir el 15 de noviembre de 1959, día de San Alberto Magno. Vio la luz esta obra, cuyo título completo es *La Región Vaccea. Celtiberismo y romanización en la cuenca media del Duero* y que fuera tesis doctoral de su autor, Federico Wattenberg, como volumen segundo de una serie, por desgracia desaparecida, llamada a convertirse en la más importante de las de temática prehistórica y arqueológica en nuestro país, la *Bibliotheca Praehistorica Hispana*, fundada y dirigida por D. Martín Almagro Basch y editada por el Instituto Español de Prehistoria, del Consejo Superior de Investigaciones Científicas, que, en esta ocasión, contó con la colaboración de la Excm. Diputación Provincial de Valladolid. Una serie en la que de nuevo volvería a estar presente Wattenberg, pues publicó en ella, como volumen cuarto y en 1963, otra de sus obras igualmente clásica hoy: *Las cerámicas indígenas de Numancia*.

No hace tanto, Germán Delibes y José Ignacio Herrán destacaban en el volumen con que la Diputación de Valladolid inauguraba su nueva serie *Biblioteca Básica de Valladolid*, titulado *La Prehistoria* —y dedicado precisamente a la memoria de Federico Wattenberg y Pedro de Palol, en tanto pioneros estudiosos de la prehistoria vallisoletana—, cómo la obra que nos ocupa “...constituye un admirable *vademecum* de arqueología protohistórica y de historia antigua de la zona y un clarividente diagnóstico, basado por primera vez en documentos reales, perfectamente autenticados, y no en la rancia

y manida retórica historiográfica, del verdadero potencial arqueológico de la provincia vallisoletana”.

Ello es cierto y qué duda cabe que los numerosos viajes que, en los más diversos medios y condiciones, realizó con vistas a la elaboración de esta obra por toda la geografía vaccea debieron contribuir eficazmente a la ulterior compilación que, en colaboración con Pedro de Palol, quedó plasmada en la *Carta Arqueológica de España. Valladolid*; una obra que, aunque tardíamente —una vez fallecido Wattenberg y trasladado el que fuera catedrático de Arqueología de la Universidad de Valladolid a la de Barcelona—, vio finalmente la luz en 1974, corriendo su edición a cargo, una vez más, de la Diputación Provincial.

Ahora bien, *La Región Vaccea* no es sólo eso, es mucho más; máxime ello si nos fijamos en las fechas en que se elaboró y publicó. En efecto, algunos términos y conceptos que hoy nos son habituales, pero que entonces no lo eran, están constantemente presentes en la obra, incluso desde el mismo prólogo, como el propio Wattenberg se encarga de señalar. Y lo recordábamos también nosotros mismos, junto con Zoa Escudero, cuando escribíamos: “...Federico Wattenberg mostró siempre un denodado interés por los métodos de la Geografía histórica y abordó su obra *Región Vaccea* como una investigación geográfico-histórica de índole regional, habida cuenta que la vaccea era una unidad étnica que, como hace constar en el *Prólogo* a la obra mencionada, ‘...se corresponde geográficamente con un territorio de límites bastante precisos, y ha tenido una evolución peculiar entron-

cándose con etapas históricas, pero manteniendo una evidente huella de indigenismo”’. Palabras que quedan recogidas en el trabajo con que se introduce la obra colectiva *Arqueología Vaccea. Estudios sobre el mundo prerromano en la cuenca media del Duero*, con la que los profesores del Departamento de Prehistoria y Arqueología de la Universidad de Valladolid y un grupo de alumnos y amigos dedicados al estudio de la Edad del Hierro en el valle medio del Duero quisimos rendir emocionado homenaje a Federico Wattenberg al cumplirse el veinticinco aniversario de su muerte.

Los términos geografía histórica y regional subyacen, efectivamente, a lo largo de *La Región Vaccea*, pues no en vano habremos de recordar que Wattenberg fue durante algún tiempo encargado de curso y cátedra de Geografía en la Universidad de Valladolid; otro tanto ocurre con el de etnia. No es de extrañar, por ello, la contundencia de la frase con que se inicia su capítulo primero: “La región vaccea constituye una unidad definida en dos aspectos claros, el suelo y la etnia”.

A partir de un amplio repaso a la geografía vaccea —el medio y sus recursos— y sus gentes —núcleos de población, medios de vida, organización social—, de la mano de los escritores greco-latinos, primero, y de lo que la Geografía Regional enseña, después, prestando particular interés por los tipos de emplazamiento de los hábitats indígenas y su relación con el entorno, aspecto este que será posteriormente objeto de atención por parte de la Arqueología Espacial —cuando esta se configura a partir de la década de los años setenta del pasado siglo en el seno



de la Nueva Arqueología— a través del nivel de análisis semi-micro. El estudio se continúa con la organización del territorio y sus ciudades en época romana, siguiendo, por lo que a estas se refiere, la documentación ofrecida por Ptolomeo y el Itinerario de Antonino, así como por la historiografía posterior, y acudiendo, en la medida de lo posible, al concurso de la Filología y a las evidencias suministradas por la Arqueología.

Las aportaciones de esta última son la base fundamental de la segunda parte de la obra, dedicada a los núcleos de población; se reúnen ahora un buen número de yacimientos, con su correspondiente bibliografía, prestando atención preferente a los romanos y a los de la provincia de Valladolid y buscando las posibles relaciones con los actuales establecimientos rurales; a destacar, en este sentido, que en este estudio, que considera “...casi reducido a la base geográfica de una aportación a la arqueología de campo castellana...”, reclame el futuro concurso de la fotografía aérea, con vistas a establecer la posible conexión entre las plantas de algunos pueblos actuales y las de los viejos establecimientos romanos. También en la época romana centra su atención Wattenberg en la tercera parte, en la que aborda el estudio de las comunicaciones; en ella, y tras un capítulo dedicado a planteamientos generales, aborda un análisis de las fuentes de estudio manejables hasta entonces y termina centrándose en las vías del Itinerario de Antonino.

Vuelve, para terminar, en el capítulo III de esta tercera parte, al mundo indígena y resume en él los resultados de sus excavaciones en el poblado vacceo de El Soto de Medinilla (Valladolid), que acompaña con el inventario y dibujo de los materiales recuperados; su interpretación estratigráfica, al igual que hiciera con las de sus excavaciones en Simancas y Numancia, sigue la secuencia cronológica de las campañas de conquista romanas. Los estudios de estas últimas vieron la luz, una vez fallecido Wattenberg, en sendas *Monografías del Museo Arqueológico de Valladolid—Estratigrafía de los cenizales de Simancas (Valladolid) y Excavaciones en Numancia. Campaña de 1963—*, en tanto que el de las de El Soto de Medinilla, cuyo original se conserva en el museo vallisoletano, permanece, por el contrario, inédito, lo cual nos lleva a preguntarnos si no sería esta, la del cincuenta aniversa-

rio de la publicación de *La Región Vaccea*, una magnífica ocasión para hacerlo público.

Asistimos así, volviendo a lo que íbamos, a un continuo ir y venir por la región —la que habitaron los vacceos, se entiende—, por sus yacimientos, pero sobre todo por sus ciudades; un deambular que, ora se detiene en la geografía, ora en la historia, y se apoya en todo lo posible en la literatura clásica y la arqueología. Un recorrido que arranca en los más de los casos de la romanización y alcanza, en un intento de buscar vestigios indígenas en el presente, prácticamente nuestros días, pero que no se remonta en el pasado más allá de finales del siglo III a.C., momento en que aparecen los vacceos por vez primera en la Historia, con ocasión de la campaña de Aníbal sobre las tierras occidentales de la Meseta. Y ello también, no hay que olvidarlo, porque, de acuerdo con los presupuestos invasoristas imperantes en su momento —y en este sentido *La Región Vaccea* si es digna hija de su tiempo—, los vacceos serían gentes venidas de fuera y originarias, según Wattenberg, del curso medio del Danubio. En la medida en que ello se entiende así y en tanto fue sobre estas gentes sobre las que actuó el proceso romanizador, merced al cual conocemos su nombre, el territorio se dotó de contenido étnico; y volvemos así al principio, a los dos aspectos claves de esta historia: el suelo y la etnia: la región vaccea.

Retomamos así también otro de los términos recurrentes en la obra que nos ocupa y al que nos referíamos líneas arriba: el de la etnia. Que recordemos *La Región Vaccea* es, efectivamente, el primer trabajo que se realiza sobre una etnia prerromana de las tierras del interior peninsular, y aún de *Iberia*, en nuestro país; algo que ha cambiado después, y muy particularmente en los últimos años, cuando una nueva colección monográfica —en alguna medida continuadora de aquella serie en la que nació la obra de Wattenberg—, *Bibliotheca Archaeologica Hispana*, que publica la Real Academia de la Historia y dirige su anticuario perpetuo, el profesor Almagro-Gorbea, ha dado cabida a estudios dedicados a etnias como las de los vettones y los cántabros, grupos étnicos como el de los celtíberos y territorios como la Lusitania o Tartessos.

Otra cuestión es el sentido dado por Wattenberg a este aspecto; para ello nos detendremos de nuevo en su prólogo, donde señala la doble dirección dada a su investigación: “...la interpreta-



ción de las fuentes literarias, basada en la comprobación de las huellas de la romanización por la Arqueología, y su encaje en el cuadro étnico e histórico representado por las etapas indígenas”. De ello se deduce, como en parte hemos tenido oportunidad de comentar más arriba, el peso que la información literaria y la arqueología romana tuvieron en este “estudio geográfico regional”; la primera se centra, fundamentalmente, en los dos últimos siglos anteriores al cambio de era y la segunda difícilmente podía volver la vista atrás —en cualquier caso no más allá del 400 a.C., momento en que fija la invasión de los vacceos—, por un lado, y apenas si contaba, por





Federico Wattenberg en sus excavaciones de Los Cenizales de Simancas en 1965.

otro, tal como tendremos ocasión de comentar más adelante, con los impresionables vestigios. Estos, además, como por otra parte se desprende del propio subtítulo de la obra, eran contemplados como un todo homogéneo con los celtibéricos, algo en parte lógico también si tenemos en cuenta que para Wattenberg, y otros muchos prehistoriadores contemporáneos, una de sus etnias, la de los arévacos, habría alcanzado el Alto Duero al tiempo que los vacceos su curso medio.

En la actualidad los estudios de este sesgo se dirigen a rastrear e individualizar qué rasgos culturales y materiales permiten identificar a una etnia,

diferenciándola de las demás. Ello ha sido posible en tanto ha sido felizmente superada, aunque no sin algunas reticencias, la visión unitaria y uniforme de la segunda Edad del Hierro de la Meseta, presidida por el proceso de celtiberización. Ha podido comprobarse así el particular modelo de poblamiento vacceo, algo a lo que sin duda han contribuido las prospecciones y las excavaciones llevadas a cabo en las últimas décadas; tales estudios macro-espaciales, aunque con base en muchas ocasiones en las ciudades mencionadas por las fuentes, cuenta ahora con sólidas bases documentales para época vaccea, proporcionadas por la arqueología. De la misma

manera, determinadas producciones artesanales, tradicionalmente adjetivadas como “celtibéricas”, caso de la orfebrería o ciertas piezas cerámicas, en particular las que ahora llamamos “singulares”, entre las que se cuentan las “cajitas” —a las que el propio Wattenberg dedicó varios trabajos publicados en el *Boletín del Seminario de Estudios de Arte y Arqueología* de la Universidad de Valladolid—, pueden calificarse hoy, con toda propiedad, de “vacceas”; y otro tanto aún podríamos decir, por citar tan solo dos nuevos ejemplos, de armas como el puñal que llamamos de tipo Monte Bernorio, por haber sido identificado por vez primera en el yacimiento





palentino del mismo nombre, o de iconografías como la de los zoomorfos captados en perspectiva cenital. En todos estos casos ello ha sido posible, esencialmente, merced a las excavaciones continuadas en algunos yacimientos, pues esto ha permitido advertir la pertinaz recurrencia de estos objetos en los más diversos ambientes.

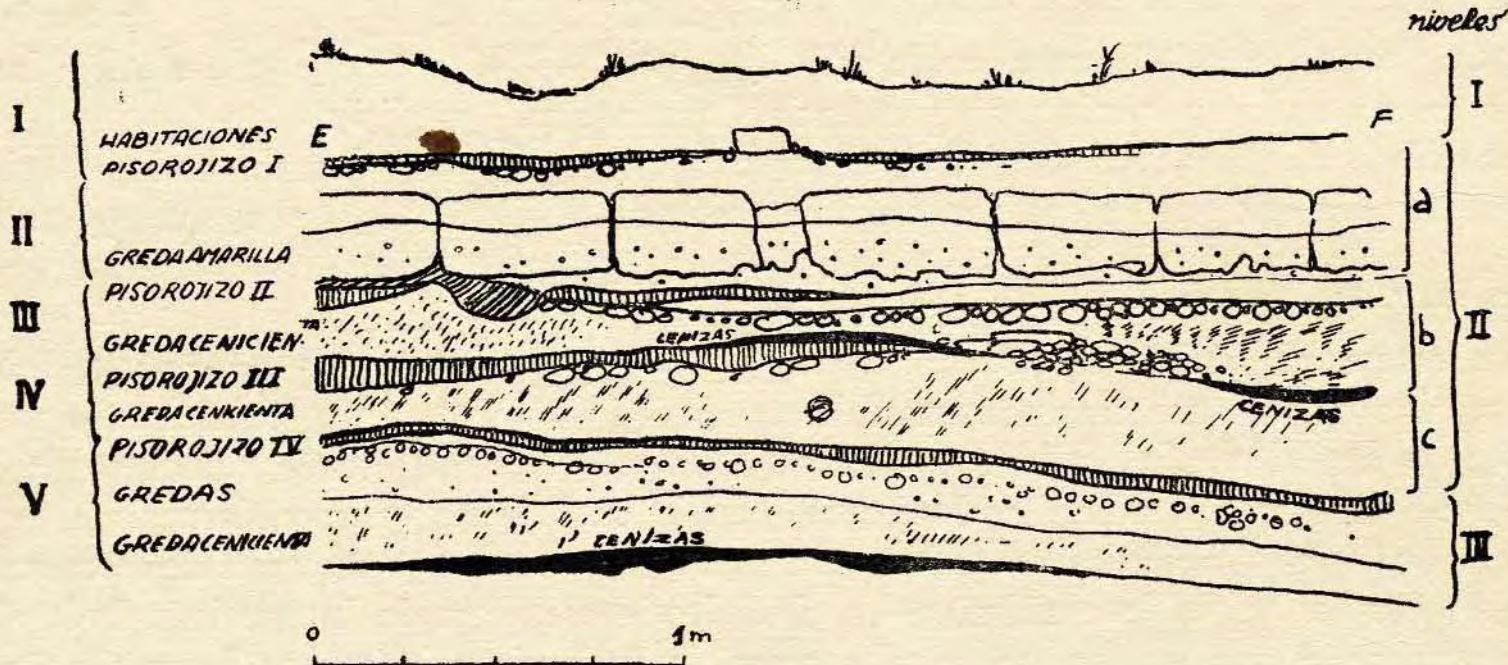
Prácticamente ninguno de cuantos, de alguna manera, nos dedicamos hoy al estudio del mundo vacceo tuvo la oportunidad de conocer a Federico Wattenberg, ni, por tanto, de disfrutar de su magisterio. Es cierto que su prematura muerte dio paso a una especie de "travesía del desierto" en la investigación sobre la protohistoria del valle medio del Duero que, como señalaba Germán Delibes en su prólogo a *Arqueología Vaccea*, se vio "muy acallada" en los siguientes lustros; pero no lo es menos que ninguna otra obra, entre las de literatura arqueológica sobre el valle medio del Duero, como *La Región Vaccea* ha cons-

tituido un faro con el que orientarse para las generaciones futuras, un reto que merecía ser continuado. Y lo ha sido precisamente en relación con el que el propio Wattenberg considerara en cierto modo el punto débil de su trabajo, al tiempo que esperanzadora perspectiva de futuro, cuando, también en el prólogo al mismo, señalara: "Hemos podido observar también la complejidad que encierra el estudio de las etapas indígenas, de las cuales tenemos aún simple visión, pero cuyo proceso se está haciendo factible en el estudio actual de los restos arqueológicos".

Ahí están, para demostrarlo, los trabajos de José David Sacristán de Lama y Carlos Sanz Mínguez sobre la ciudad de *Rauda* (Roa, Burgos) y la necrópolis de Las Ruedas de *Pintia* (Padilla de Duero/Peñafile, Valladolid), respectiva-

mente, que, al igual que la obra que nos ocupa, constituyeron en su día sus tesis doctorales, cristalizando después en





Estratigrafía del poblado vacceo de El Soto de Medinilla publicada por Wattenberg en *La Región Vaccea*.

sendas monografías; o el estudio de Joaquín Barrio Martín sobre las cerámicas del cementerio de Las Erijuelas (Cuéllar, Segovia), felizmente publicado también. De la misma manera que no podemos obviar mencionar dos volúmenes editados por la Junta de Castilla y León: al primero de ellos, *Arqueología Vaccea*, ya hemos tenido ocasión de referirnos líneas atrás; el segundo, obra colectiva asimismo, lleva por título *Arqueología y medio ambiente. El primer milenio a.C. en el Duero Medio*, es resultado de un proyecto de investigación financiado por la Consejería de Medio Ambiente y Ordenación del Territorio y adecuado complemento del anterior. Y aún cabría traer a colación aquí, de no ser porque no parecen el lugar y el mo-

mento más oportunos, un buen número de trabajos, de diferente calado y la más diversa temática, sobre los vacceos: estudios de carácter general, resultados de prospecciones y excavaciones, análisis del poblamiento, los rituales funerarios o materiales arqueológicos y un largo etcétera. Trabajos todos ellos que no vienen sino a abundar en la prospectiva intuída por Wattenberg, además de enseñarnos cómo nuestro conocimiento sobre este pueblo prerromano se enriquece tanto más cuanto las investigaciones se centran e insisten —espacial y temporalmente— en determinados yacimientos.

De lo dicho hasta aquí se desprende, pues no podía ser de otra manera, cómo el conocimiento de la

arqueología vaccea se ha visto notablemente enriquecido a lo largo de estos cincuenta años, aunque, a decir verdad, no todo cuanto desearíamos, lo que indica que todavía queda mucho por hacer; asimismo, que los planteamientos teóricos de estudio han cambiado igualmente, lo que ha hecho que ante los mismos interrogantes o materiales se ofrezcan ahora respuestas o interpretaciones alternativas o diferentes. No merma ello, sin embargo, el enorme caudal informativo que contiene *La Región Vaccea*, por más que parte del mismo sea obviado, cuando no denostado, por los más jóvenes o se trate de forma parcelada e independiente en aras de la especialización. Esto último nos permite llamar la atención sobre el carácter integral de la obra de Wattenberg, historiador en todo su sentido, y recordar cómo la misma sigue siendo punto de partida obligado para quienes quieran adentrarse en el estudio de los vacceos.

Sirvan, en fin, estas líneas de preámbulo a los actos que el Centro de Estudios Vacceos de la Universidad de Valladolid —que se honra en llevar su nombre y en contar con su viuda, Eloísa García, como Presidenta de Honor— tiene previsto llevar a cabo en el presente año para conmemorar los cincuenta años de la publicación de *La Región Vaccea* y celebrar la memoria de su autor, Federico Wattenberg.

Federico Wattenberg explicando a diversas autoridades sorianas sus excavaciones en Numancia, hacia 1964.



Fernando Romero Carnicero  
Carlos Sanz Mínguez